

Certeza para todas las personas

“Porque [Dios] ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un hombre a quien Él ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres cuando lo resucitó de entre los muertos.”

— *Hechos 17:31*

LA REDACCIÓN DE

nuestro título parecería conllevar un rayo de esperanza para la humanidad en el desconcertante mundo de hoy. Ciertamente, ahora más que nunca se necesita cierta certeza de que vendrán tiempos mejores, especialmente a la luz de las guerras, disturbios, aumento de la inseguridad, polar-

ización política, incertidumbre económica, agitación social y degradación de las normas morales de la gente. El mundo de hoy no presenta una imagen agradable, y el panorama para el futuro es oscuro.

Buscamos en vano alguna señal en los eventos que ocurren a nuestro alrededor que nos indique que algún día habrá un cambio, que la raza humana despertará de su calamitoso curso actual a tiempo para salvar del colapso total a lo que denominamos civilización. Debemos buscar esta certeza en otro lado. Hay una fuente de información que revela la relación del pasado con el presente y, como

un faro, alumbra el camino en la oscuridad hacia un nuevo día de promesa: un tiempo de bendiciones para todos garantizado por el gran Creador del universo.

PECADO Y MUERTE

En la actualidad, nuestra única fuente de esperanza real es la Biblia. Sin embargo, para que este gran libro tenga para nosotros el significado que debería tener, debemos aceptarlo por lo que alega ser: la Palabra de Dios. Esta fuente de esperanza y certeza nos informa que nuestros primeros padres fueron creados a imagen y semejanza de Dios. Esto significa que eran perfectos y dotados de las cualidades divinas de amor, simpatía y comprensión. Si la tierra estuviera poblada por tales personas, no habría guerra, ni crímenes, ni opresión: ninguno de los horribles males que afligen a la humanidad en la actualidad.—Gén. 1:27,28

Se les pidió a estos especímenes perfectos de humanidad que obedecieran la ley divina y se les informó que la desobediencia llevaría a la muerte. (Gén. 2:17) Desobedecieron, y les aplicaron la pena de muerte. Pronto comenzaron los problemas. Caín asesinó a su hermano Abel, y los asesinatos desenfrenados todavía continúan. La caída de la raza humana ha sido constante. El registro revela que menos de dos mil años después de la caída del hombre “toda intención de los pensamientos de su corazón era solo hacer siempre el mal”.—Gén. 6:5

El Diluvio destruyó ese orden social maligno, pero poco tiempo después el pecado y el egoísmo volvieron a aumentar, y cada generación ha sufrido sus terribles resultados. Ha habido guerras y otras manifestaciones inquietantes del hecho de que la raza humana ha caído realmente y es incapaz de detener el arrastre del pecado hacia abajo. La Biblia da fe de esto, así como tam-

bién las páginas de la historia secular.

EL ALIVIO PROMETIDO

Sin embargo, en cada generación, hubo varios que se esforzaron por mantener su creencia en Dios y que intentaron cortar de raíz la corriente de egoísmo humano. Abraham fue uno de ellos, y Dios lo consideró como un “amigo”. (Santiago 2:23) Dios le hizo una maravillosa promesa a Abraham, asegurándole que mediante su “semilla” o descendencia, todas las familias de la tierra estarían bendecidas. Cuando Abraham demostró su absoluta fe en Dios mediante su voluntad de ofrecer a su hijo Isaac como sacrificio, Dios confirmó esta promesa mediante su juramento.—Gén. 22:15-18; Heb. 6:13-18

Esta promesa se transmitió a Isaac y luego a Jacob, el nieto de Abraham. Luego Dios le cambió el nombre a Jacob por Israel (Gén. 32:28; 35:10). Cuando murió Jacob, se convirtió en la herencia de la nación de Israel en su totalidad. Para los devotos de Israel, esta promesa a Abraham era la base de su esperanza de la llegada de un Mesías (Sl. 105:6-45; Miq. 7:20). Según ellos, el Mesías establecería un poderoso gobierno en Israel, que llegaría y bendeciría a todas las familias, o naciones, del mundo.

El suceso más importante que haya sucedido en la tierra hasta ese entonces era el nacimiento de Jesús, que había sido enviado al mundo para cumplir las promesas mesiánicas. Sin embargo, como muchas de las cosas buenas que ocurren en el mundo actualmente, el nacimiento de Jesús recibió poca publicidad en ese entonces. No hay duda de que los pastores, a quienes los ángeles les anunciaron el nacimiento de Jesús, hicieron todo lo que pudieron para difundir la noticia. Sin embargo, esta era una publicación insuficiente para un evento tan importante

para la humanidad. Los hombres sabios que vinieron después estaban muy impresionados y probablemente difundieron la noticia en cierta medida. Tal vez el mayor aviso que recibió el nacimiento de Jesús fue en relación con el intento de Herodes de destruir al niño mediante la matanza de todos los niños hebreos en esa área. Entonces, como sucede en la actualidad, el mal eclipsó temporalmente al bien.

Independientemente de si se le dio mucha o poca atención al nacimiento de Jesús en ese momento, se había producido uno de los sucesos más importantes de la historia. Era un faro de esperanza en la noche de la experiencia humana, porque había nacido aquel que el Creador había prometido que sería quien liberaría a la humanidad de los devastadores efectos del pecado y la muerte. Claro está que había nacido en un humilde pesebre, pero su nacimiento fue anunciado por los santos ángeles. Su destino era ser un Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno y Príncipe de Paz.—Isa. 9:6,7

MESÍAS Y REY

Jesús también nació para ser el gran Mesías y Rey prometido. Sus discípulos creían que ese era su destino. De hecho, esperaban que estableciera su reino de inmediato y, mediante la autoridad que le otorgó Dios, liberara primero a Israel del yugo romano y luego asumiera el liderazgo del mundo. Sin embargo, aunque Jesús demostraba mediante sus milagros que era capaz de lograr la voluntad divina, los discípulos vieron pocas o nulas señales de que se formara un nuevo gobierno bajo su liderazgo.

Lo que sí vieron fue la creciente oposición a Jesús de parte de los gobernantes religiosos. Esta oposición llegó a su punto álgido como resultado del despertar de Lázaro del sueño de la muerte. (Juan 11:43,44,53). Los

discípulos no entendían la actitud de Jesús ante la creciente corriente de hostilidad. Les dijo que tenía la intención de ir a Jerusalén y esperaba que lo arrestaran y lo mataran. No podían conciliar esto con sus expectativas respecto de su Maestro. Pedro le advirtió a Jesús que no fuera a Jerusalén y luego intentó evitar su arresto mediante el uso de la espada.—Mat. 16:21,22; Juan 18:10,11

Todo esto fue en vano. Jesús estaba determinado a entregarse a sus enemigos, aunque podría haberle pedido a su Padre Celestial la ayuda de los santos ángeles si hubiera creído que esa era la voluntad divina para él (Mat. 26:53,54). Aunque sus corazones estaban angustiados, los discípulos no podían hacer nada para cambiar el curso de los sucesos. Su Mesías, su Rey, fue arrestado y llevado ante los sacerdotes y gobernantes, donde lo juzgaron falsamente, lo escupieron, lo golpearon, le pusieron una corona de espinas sobre la cabeza y lo clavaron a una cruz, donde lo dejaron morir. Su muerte fue acompañada de un gran temblor, y el “velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mat. 27:51, Versión Americana Estándar). También sobrevinieron tinieblas sobre la tierra, lo que simbolizaba la oscuridad del pecado y la muerte que el enviado por Jehová a la tierra había venido a despejar.—Lucas 23:44,45

EL REDENTOR

Fue mediante el sacrificio de su vida que Jesús brindó la redención del pecado y la muerte para toda la humanidad. Además de ser el futuro Rey del mundo, era ahora el Redentor de la raza humana. (Marcos 10:45; Juan 3:16,17). Sin embargo, en ese entonces, los discípulos no entendían esto, y estaban desconcertados por el hecho de que su Maestro permitiera que sus enemigos lo mataran. Su gran alegría por su nacimiento y milagroso ministerio

fue eclipsada por la frustración y tristeza a causa de su muerte.

La fe de los discípulos estaba tan firmemente establecida en el hecho de su Mesianidad que prestaron poca atención a algunas de sus declaraciones que indicaban que esperaba morir a manos de sus enemigos. ¿Cómo podía ocurrirle esto a su Mesías? Sin embargo, cuando lo crucificaron, recordaron vagamente su promesa de que “al tercer día” se levantaría de entre los muertos y se aferraron a esto como su última esperanza.

Temprano en la mañana de ese tercer día, algunas mujeres fueron al sepulcro para completar el embalsamamiento del cuerpo de Jesús, y encontraron la tumba vacía. Un ángel explicó que su Maestro no estaba allí, que había resucitado. Se les indicó a las mujeres que fueran y les dijeran a sus discípulos que él ya no estaba muerto (Lucas 24:1-10). Más tarde ese mismo día, Jesús se les apareció como un extraño a dos de sus discípulos camino a Emaús, y al preguntarles la causa de su tristeza, le explicaron lo que había sucedido y agregaron: “esperábamos que Él era el que iba a redimir a Israel. Además de todo esto, este es el tercer día desde que estas cosas acontecieron”.—Vv. 13-24.

Basado en las profecías del Antiguo Testamento, Jesús les señaló a estos dos discípulos que era necesario que el Mesías sufriera y muriera, y que las promesas de su gloria como Mesías y Rey se cumplirían luego. Después de que Jesús desapareció de su vista, estos discípulos se dijeron unos a otros: “¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras hablaba con nosotros en el camino, y mientras nos abría las Escrituras?”.—Vv. 25-32.

Sin duda los corazones de todos los discípulos ardieron en ellos cuando quedaron convencidos de que su Maestro se había levantado de entre los muertos. Sin

embargo, pocos además de los propios seguidores dedicados de Jesús creyeron en este grandioso milagro. La resurrección de Jesucristo de entre los muertos fue el suceso más extraordinario y maravilloso en la historia del mundo. Sin embargo, se le dio relativamente poca atención; y las buenas noticias sobre ello como las proclamaban sus fieles seguidores cayeron en oídos sordos.

SU CONMEMORACIÓN AHORA

El último domingo de marzo, cientos de millones de personas conmemorarán nuevamente la resurrección de Jesús. Habrá mucho regocijo, expresado mediante música inspiradora y coloridas reuniones. La mayoría de las iglesias recibirán la mayor asistencia del año, y se predicarán elocuentes sermones. Con esto, sin embargo, el significado real de la resurrección de Jesús de entre los muertos seguirá siendo desconocido para la mayoría de la gente. De hecho, muchos de los que predicarán ese día no tendrán conocimiento del verdadero significado de la resurrección de Jesús, como tampoco lo tendrán sus congregaciones.

Hubo tres grandes sucesos asociados a la llegada de Jesús al mundo, y todos ellos dan certeza y esperanza para esta pobre creación que gime. El primero fue, por supuesto, su nacimiento; el segundo fue su muerte; y el tercero fue su resurrección. Sin la muerte de Jesús, la humanidad seguiría condenada a muerte, y, por lo tanto, no podría haber la llegada de una nueva mañana de alegría para la raza humana. Sin embargo, como Jesús dio su vida en rescate de todos y anuló la sentencia de muerte adánica, la reconfortante promesa del salmo 30:5 todavía está por cumplirse: “El llanto puede durar una noche, pero la alegría viene por la mañana”. El gran testimonio de la muerte de Jesús como Redentor del hombre llegará a toda

la humanidad a su debido tiempo.—I Tim. 2:3-6.

CERTEZA MEDIANTE SU RESURRECCIÓN

Un Redentor muerto no puede liberar a la humanidad de la muerte; tampoco un Rey muerto puede gobernar y bendecir a todas las familias de la tierra, como Dios le había prometido a Abraham (Gén. 12:3). Por eso, el siguiente gran paso en la ejecución del propósito divino para la salvación humana fue la resurrección de Jesús de entre los muertos. El Creador, el Padre Celestial, demostró su poder para cumplir sus promesas al levantar a Jesús de entre los muertos (I Cor. 15:20; Fil. 2:9). Esto demuestra que nada puede interferir exitosamente en el logro de su amoroso designio para la elevación de la raza humana por sobre la degradación a causa de la desobediencia de su ley.

Entonces, verdaderamente la resurrección de Jesucristo de entre los muertos fue la certeza de un nuevo día, una luz de esperanza para un mundo de la humanidad en decadencia y desconsuelo. En el actual mundo de caos, tinieblas y sufrimiento, la gente en general no tiene un conocimiento verdadero de Dios. Dios sabe esto, y el apóstol Pablo explica que le hizo un “guiño” a esta ignorancia. Sin embargo, “cuando la tierra tiene conocimiento de [los] juicios [del Señor], aprenden justicia los habitantes del mundo” (Isa. 26:9). Ese momento de juicios es el futuro. Sobre ello, y volviendo a citar el texto del principio, el apóstol Pablo explica que Dios “ha establecido un día”, es decir, un período de tiempo, “en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un hombre [Jesús] a quien Él ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres cuando lo resucitó de entre los muertos”.—Hechos 17:30,31.

No hay certeza de paz y seguridad en ninguna

parte en el mundo actual. Ciertamente las armas de guerra no nos dan certeza ni esperanza. La ciencia médica está haciendo grandes logros, pero la sabiduría humana nunca podrá destruir a la muerte. La educación se ha vuelto más generalizada en todo el mundo, pero poco se enseña sobre los principios de Dios y su plan.

Solo cuando prestamos atención al plan de salvación de Dios representado mediante su Palabra, podemos tener verdadera esperanza. En ese plan, Jesús es el Príncipe de Paz, el futuro juez de las personas, y la Luz verdadera que, al venir al mundo, alumbra a todo hombre” (Juan 1:9). En él vemos al nuevo y justo Rey de la tierra y al gran Mesías prometido. Así, tenemos la certeza de que el plan completo del Creador, centrado en Jesús, será un glorioso triunfo en la tierra porque el Padre lo levantó de entre los muertos. ¡Que la conmemoración de la resurrección de Jesús nos inspire a todos con un deseo más fuerte que nunca de contarle a todo el mundo las buenas nuevas del reino centrado en él! ■